



La Santa Sede

ESTACIÓN CUARESIMAL PRESIDIDA POR EL SANTO PADRE
EN LA BASÍLICA DE SANTA SABINA

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Miércoles de Ceniza, 5 de marzo de 2003

1. *"Tocad la trompeta en Sión, proclamad el ayuno, convocad la reunión; congregad al pueblo, santificad la asamblea" (Jl 2, 15-16).*

Estas palabras del profeta Joel ponen de relieve la *dimensión comunitaria de la penitencia*. Ciertamente, el arrepentimiento debe brotar del *corazón*, sede, según la antropología bíblica, de las intenciones profundas del hombre. Sin embargo, es preciso vivir los actos penitenciales también juntamente con los miembros de la *comunidad*.

De modo especial en los momentos difíciles, tras una desgracia o frente a un peligro, la palabra de Dios, por boca de los profetas, solía exhortar a los creyentes a una *movilización penitencial*: se convoca a todos, ancianos y jóvenes, sin excluir a nadie; todos unidos para implorar a Dios compasión y perdón (cf. *Jl 2, 16-18*).

2. La comunidad cristiana escucha esta fuerte invitación a la conversión en el momento en que se dispone a emprender el itinerario cuaresmal, que comienza con el antiguo rito de la *imposición de la ceniza*. Ciertamente, este gesto, que algunos podrían considerar propio de otros tiempos, choca con la mentalidad del hombre moderno, pero esto nos impulsa a profundizar en su sentido, descubriendo su singular fuerza de impacto.

Al imponer la ceniza en la cabeza de los fieles, el celebrante repite: "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás". Volver al polvo es destino común de hombres y animales. Pero el ser humano no es sólo *carne*, sino también *espíritu*; si la carne tiene como destino el polvo, el espíritu está hecho para la inmortalidad. Además, el creyente sabe que Cristo *resucitó*, venciendo a la

muerte también en su cuerpo. Hacia esta perspectiva también él camina en la esperanza.

3. Recibir la ceniza en la cabeza significa, por tanto, reconocer que somos *criaturas*, hechas de tierra y destinadas a la tierra (cf. *Gn 3, 19*); al mismo tiempo, significa proclamarse *pecadores*, necesitados del perdón de Dios para poder vivir de acuerdo con el Evangelio (cf. *Mc 1, 15*); y significa, por último, reavivar la esperanza del *encuentro definitivo con Cristo* en la gloria y en la paz del cielo.

Esta perspectiva de alegría compromete a los creyentes a hacer todo lo posible por anticipar *en el tiempo presente* algo de la *paz futura*. Eso supone la purificación del corazón y el fortalecimiento de la comunión con Dios y con los hermanos. Esto es lo que se busca con la oración y el ayuno, a los que, ante las amenazas de guerra que se ciernen sobre el mundo, he invitado a los fieles. Con la *oración* nos ponemos completamente en manos de Dios, y sólo de él esperamos la auténtica paz. Con el *ayuno* preparamos el corazón para recibir del Señor la paz, don por excelencia y signo privilegiado de la venida de su reino.

4. Con todo, la oración y el ayuno han de ir acompañados de *obras de justicia*; la conversión debe traducirse en acogida y solidaridad. Al respecto, exclama el antiguo profeta: "El ayuno que yo quiero es este: Abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos" (*Is 58, 6*).

No habrá paz en la tierra mientras perduren las opresiones de los pueblos, las injusticias sociales y los desequilibrios económicos aún existentes. Pero para los grandes cambios estructurales, tan deseados, no bastan iniciativas e intervenciones externas; se requiere, ante todo, una conversión de todos los corazones al amor.

5. "Convertíos a mí de todo corazón" (*Jl 2, 12*). Podríamos decir que el mensaje de esta celebración se condensa en esta apremiante exhortación de Dios a la conversión del corazón

El apóstol san Pablo reafirma esa invitación en la segunda lectura: "En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. (...) Ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación" (*2 Co 5, 20; 6, 2*).

Ahora es tiempo favorable, queridos hermanos y hermanas, para revisar nuestra actitud con respecto a Dios y a nuestros hermanos.

Ahora es el día de la salvación, en el que debemos examinar a fondo los criterios que nos orientan en la conducta diaria.

Ayúdanos, Señor, a volver con todo el corazón a ti, Camino que lleva a la salvación, Verdad que hace libres y Vida que no conoce la muerte.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana